

Pilar Gonzalbo Aizpuru, *La educación popular de los jesuitas*, México, Universidad Iberoamericana, 1989,

Desde su fundación, la Compañía de Jesús ha tenido casi tantos detractores como defensores; sin que falte, ni a unos ni a otros, su buena dosis de pasión. Me parece, incluso, por lo que recuerdo de alguna lectura juvenil, que fue el propio San Ignacio quien pidió para su orden la "gracia de la persecución". Supongo que, dada su experiencia militar, el fundador sabía que el soldado sin enemigo acaba por entregarse a la indolencia y

quiso evitar con ello que sus seguidores perdieran bríos. Sea de ello lo que fuere, es difícil calcular lo que a lo largo de 450 años, poco más o menos, se ha escrito sobre la Compañía. Biografías del fundador y de sus seguidores inmediatos, como también de todos aquellos que han alcanzado el honor de los altares. Historias generales de la orden o de su trabajo en algún ámbito geográfico determinado, de Europa a China o a América. Estudios sobre esta o aquella manifestación especial: literatura, artes plásticas, arquitectura o explotación agrícola. Ensayos sobre la acción jesuita en un campo específico, sea el misional sea el escolar, el filosófico o el científico. Intentos por explicar la inquina que llevó no sólo a su expulsión de todos los territorios de la Corona española, sino a su completa supresión. Rastros acerca de lo que los jesuitas aportaron al nacimiento o fortalecimiento de las nacionalidades. El fomento que la Compañía dio a este o aquel culto y la razón de ello. Y, ¿por qué no? obras de teatro o películas sobre el grandioso experimento de las reducciones en el Paraguay.

Si a toda esta bibliografía positiva agregamos los centenares de libros, panfletos, libelos y hojas volantes publicados por los enemigos de la Compañía, podremos hacernos una idea no sólo de la importancia de la orden (puesto que nadie dedica tanto esfuerzo a algo insignificante), sino también de nuestra incapacidad para manejar este material.

Por ello, sería comprensible que algún posible lector se encogiera de hombros ante este libro, pensando que se trata simplemente de un libro más —de alabanza o vituperio, lo mismo da— sobre los jesuitas. Y esto es, justo, lo que el libro no es. En él, no hay propósito alguno ni de ponderar ni de denigrar y si al final nos quedamos asombrados ante la profundidad y la amplitud de la labor de la Compañía en nuestro territorio, nuestro asombro no es algo buscado por la autora, sino que brota del texto mismo. Ante los hechos —tan objetivamente estudiados— sólo puede asumirse una actitud admirativa. Tanto hacia los jesuitas como hacia la autora.

Pero empecemos, como debe ser, por el principio que, en el caso de un libro, es el título. Originalmente, cuando aún no era más que un proyecto de tesis, quedó registrado como “La educación popular de la Compañía de Jesús en la Nueva España”, título poco feliz a mi parecer, puesto que el concepto de “educación popular” no dice mucho y hasta se presta a equívoco. Pero, ade-

más, conforme iba avanzando la investigación, también iba siendo cada vez más evidente que el título era demasiado limitado para la gran riqueza del material. Sugerí por tanto a la autora que lo cambiara por algo así como "La penetración jesuita en la sociedad novohispana", ya que me parece evidente que no hubo resquicio de la Nueva España en el que no se encontrara un jesuita. Si don Juan Tenorio se gloriaba afirmando: "yo a las cabañas bajé, yo a los palacios subí. . .", los jesuitas novohispanos le hicieron de hecho fuerte competencia, aunque no persiguieran fáciles amoríos, sino que avanzaron acuciados por "la mayor gloria de Dios". No fue posible cambiar el título entonces, puesto que como ya dije estaba registrado. Pero mi desilusión fue grande al ver que, convertido en libro, el título no sólo no se ha ampliado, sino que es totalmente equívoco al haber desaparecido la localización geográfica. Pues si bien el quehacer jesuita en Goa o en la Tarahumara, en Polonia o en el Paraguay, debía ajustarse a reglas que pudieran llamarse universales, la autora sólo menciona otros espacios como un natural trasfondo y nunca va más allá de los límites de la Nueva España.

Pero una vez superada la desazón del título, la lectura nos entrega un material asombroso que Pilar Gonzalbo ha sabido manejar con enorme destreza.

La investigación parte de la base indiscutida de que la Compañía fue, desde el momento de su aparición, la gran educadora del mundo católico (y aun, por ejemplo, en Francia, sus colegios alcanzaron tal renombre que hasta los jóvenes de familia protestante ingresaban en ellos). Por ello se piensa, y con razón, que los jesuitas fueron una congregación encaminada fundamentalmente a la formación de los jóvenes, aunque no de todos ellos, sino sólo de los nobles y adinerados. Todo esto es cierto, pues como dice Pilar: "los propios cronistas informan orgullosamente del origen aristocrático de los jóvenes asistentes a sus colegios y del desempeño en elevadas dignidades eclesiásticas y civiles de los ex-alumnos de sus aulas" (p. 2-3). Al lado de esto existió, desde luego, una extensa labor misional. Para la opinión común la labor jesuita se limitó a estos dos campos. Si así hubiera sido, ya sería bastante. Pero lo que la investigación de Pilar demuestra es la amplísima gama que adoptó la labor formativa fuera de las aulas. Como ya dije, no existió aspecto alguno de la sociedad colonial en el que no se hiciera sentir la influencia de la Compañía.

Tomemos un caso específico. Como los jesuitas nunca tuvieron ni tampoco protegieron ninguna institución educativa para niñas, tendemos a pensar que la mujer quedó fuera del alcance jesuita. Nada más lejos de la verdad. El ideal de la Compañía fue —o es— restaurar la vida cristiana en su plena autenticidad y encauzar todas las actividades humanas a la consecución de este ideal. Podemos preguntarnos, por lo tanto, si los proyectos jesuitas podían dejar de lado a la mujer que, si bien podía llegar a ser castísima religiosa en un caso y, en otro, esposa y madre ejemplar, también podía convertirse —como ya lo hiciera Eva— en instrumento del diablo para la perdición de los hombres. En consecuencia, los jesuitas procuraron fomentar las primeras posibilidades y poner coto a la segunda. Contaron para ello no sólo con los ejercicios espirituales ideados por su fundador (y a los que tal vez cabría aplicar aquella frase evangélica del “sed prudentes como las serpientes. . .” Mateo, x, 16), sino también con el púlpito —y Pilar nos cuenta cómo se hacían grandes colas de señoras y sirvientas en las iglesias cuando había de predicar algún jesuita elocuente. Añádanse a esto los catecismos, las misiones y el confesionario y se verá que —de nuevo como a don Juan— a los jesuitas no se les escapaba ni “la altiva princesa [ni] la que pesca en ruin barca”.

Desde luego, ninguno de estos instrumentos: ejercicios, sermones, catecismos, misiones y confesionarios podían limitarse al mundo femenino. E incluso a decir verdad, la importancia de la mujer para la formación de una nueva sociedad cristiana no fue algo que resultara evidente para los primeros miembros de la Compañía, ya que ni más ni menos que San Francisco Xavier recomendó que no se perdiese el tiempo convirtiendo a las mujeres en las tierras de infieles, porque lo básico era que los hombres practicasen el cristianismo (p. 106). Pero como es de sabios cambiar de opinión, la acción jesuita abarcó muy pronto también a estos seres a la vez insignificantes y peligrosos.

Sabemos que Dios no conoce acepción de personas y por ello la Compañía no podía conocerla tampoco. Así que empleó magistralmente todos los medios a su alcance para la realización de su famoso lema. Criollos, indios, negros mestizos o mulatos, hombres o mujeres, grandes señores o esclavos, niños o ancianos, religiosas o mujeres perdidas, clérigos o seglares, obispos o hermanos legos, a todos ellos se extendió la mano de la Compañía.

Utilizando unas veces la comprensión y la tolerancia, presentando en otras impresionante y teatral espectáculo que debía llevar al arrepentimiento. Como cuando, a principios del siglo XVIII, organizaban "actos de contrición" en los que, al anochecer, se recorrían las calles de la villa o ciudad en procesión encabezada por un crucifijo y con hachones encendidos en las manos, mientras el sacerdote hablaba de la muerte, el juicio final y la terrible suerte de los condenados. Tan impresionantes eran estas procesiones que los participantes daban voces pidiendo perdón por los pecados que confesaban a gritos o denunciaban con voz igualmente alta las transgresiones del prójimo (p. 48-49).

La Compañía tomaba parte importantísima en la vida social e intelectual de la comunidad, de modo que no sólo en la Nueva España sino en todo el mundo católico, el colegio o el convento de los seguidores de San Ignacio fue centro intelectual, promotor de vocaciones artísticas y hasta organizador de sanas diversiones (p. 57). Los jesuitas fueron, como aconsejaba San Francisco Xavier, sabios con los sabios, comerciantes con los comerciante, soldados con los soldados, labradores con los labradores, y tan a la perfección lo hicieron que al ser expulsados en 1767 por "urgentes, justas y necesarias" causas que Carlos III guardó en su real pecho, toda la Nueva España no sólo los lloró, sino que incluso en algunos lugares la población llegó a la rebeldía abierta.

Pues bien, con todo este rico material de archivo, Pilar Gonzalbo ha estructurado un libro cuyos once capítulos, más un "Prefacio" y "Conclusiones", presentan el amplio panorama de las actividades jesuitas en la Nueva España y nos permiten formarnos una imagen de la Compañía completamente distinta de la tradicional. Por si esto fuera poco, la autora, sin traicionar los documentos, juega con frases y lemas de claro origen ignaciano, juego que da al texto tanto el tono de la autenticidad como también una amenidad casi increíble en un libro de historia.

Para terminar quiero señalar que la habilidad de los jesuitas novohispanos que lo mismo recorrían callejuelas que se sentaban a la mesa de los poderosos, que clamaban contra las vanidades o las aprovechaban cuando les era conveniente, que buscaban la amistad de las autoridades o las denunciaban si era necesario, no murió con ellos. Vive en los textos que nos dejaron y sigue ganando voluntades. Me consta que Pilar inició esta investigación con un espíritu de objetividad pura, pero al terminar la lectura de su libro no puede uno menos que rendirse ante la obra

de aquellos hombres. Me temo que la objetividad se perdió y los jesuitas ganaron la partida.

ELSA CECILIA FROST